

HISTORIA TRÁGICA 20.^a



GLOTILDE

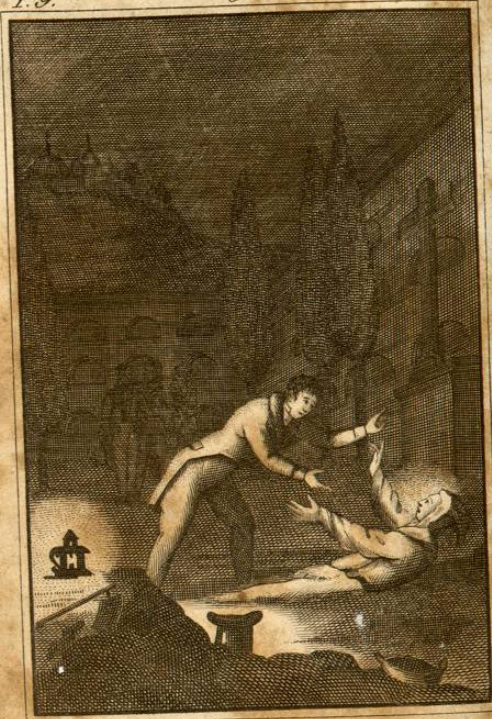
Y

LIRINIO.

HISTORIA TRAGICA 50.

GLORIOSA

LIRICO.



*He aquí: como la div.^a Provid.^a castiga la
irrever.^a y el abuso de los lug.^{os} S.^{cs} mortales!!*

INTRODUCCION.

En todos tiempos ha habido hombres locos, que arrastrados de su capricho, han pretendido violentar los efectos de la misma naturaleza, muy persuadidos de que por este medio immortalizaban su memoria ó sacaban un gran provecho; y entre el número infinito de locuras á que se han entregado, hai una que los conduce mas que las otras á este desvario, haciendo con sus invenciones mas que lo que puede permitir la naturaleza. Para que se conozca mas claramen-

te la fuerza de esta locura, y no tener suspensos á nuestros lectores, diremos que la mágia ó nigromancia es la cosa que los hombres supersticiosos han pretendido hacer admirable con sus ayunos, abstinencias y otros ejercicios de santidad, en atención á que el ángel de las tinieblas se transforma frecuentemente en el de la luz, para engañar á los inocentes y comprometer su alma; y mucho mas cuando la juventud, pasando los límites que marca la lei de Dios, se emancipa frecuentemente arrastrada del deseo de enriquecerse ó de conseguir el objeto de sus amores; pues ha estado en la creencia de que los espíritus malignos podian intervenir por la via de los encan-

tos para lograr cuanto se quisiese; pero yo pudiera citar pasages de la sagrada Escritura que prohiben expresamente semejante impiedad é idolatría para desengañarlos y separarlos de la senda del crimen y del error; mas me contentaré con referir la desgracia que sucedió á un estudiante enamorado, quien pensaba lograr el fin de sus amores con una señorita por medio de estas astucias é invocaciones; y siendo despreciado por ella, se propuso conseguirla de este modo; pero le costó bien cara su nigromancia, como verá el lector en la historia siguiente.



Un estudiante en Bolonia, creyendo que hacia un encantamiento, murió de miedo estando dentro de un sepulcro en el cementerio.

Los hombres de letras alaban á la Universidad de Bolonia como una de las mas famosas, tanto por el gran número de profesores que van á ella de todas partes y de todas las naciones, quanto por los hombres sabios que encierra para instruir á la juventud en el conocimiento de las leyes y ordenanzas de los antiguos, ya sean Pretores, ya Principes soberanos del

imperio romano; y para el estudio de estas ciencias se ve allí comunmente un considerable número de jóvenes, que en ciertas horas se reúnen los días festivos para entretenerse con mil disputas alegres y otras clases de pasatiempos; en lo que los hombres de juicio y estudiosos aprovechan tanto como si estuviesen sobre los libros, y están siempre alegres y placenteros sin participar jamás del fastidio y de la melancolía que reina en otros sitios: de esta manera, razonando unos con otros sobre diferentes materias, ilustran al fin la verdad conociendo las ciencias y las artes mejor que los maestros pueden explicárselas con sus voces y argumentos cuando se empeñan en sos-

tener obstinadamente los silogismos falaces de su filósofo Aristóteles. Entre tantos hombres, pues, de tanto talento y de tantas clases de caracteres es imposible deje de haber alguno de corta capacidad que con sus simplezas sirva de pasatiempo y diversion á los otros, y mas particularmente si el amor se apodera de su cerebro, como pasión tan comun á la juventud. Dígolo porque entre todos estos estudiantes y colegiales que habia en Bolonia, se hallaba uno de bastante talento; pero sea que su amor propio le engañase, ó sea que su complexión no le ayudase, no era de los mas astutos que pisan la tierra. Este fijó un día sus ojos en una señorita bastante bonita, pero de-

(166)

masiado casta para él; y fue tan simple, que al momento se enamoró de ella con tal vehemencia, que no salia á ninguna parte á donde no la siguiese la sombra del estudiante, pero sin atreverse á dirigirla la mas leve espresion sobre la vehemente pasion que le afligia: hablaba solo por señas y ojeadas, hasta que un compañero suyo le animó y le aconsejó la escribiese para saber de cierto su voluntad; á lo que Lirinio procedió inmediatamente, y tomando la pluma la puso un billete concebido con poca diferencia en estos términos:

(167)

Carta de Lirinio á Clotilde.

SEÑORITA:

Si el Cielo me hubiese hecho tan perfecto, que pudiese merecer vuestra gracia, creo no hubiera hombre en el mundo que pudiera igualarse conmigo; pues la suerte ha querido esclavizar mi corazon con una pasion tan vehemente, que desde que os vi la primera vez, estoi sin sosiego y sin pensar en otra cosa que en vuestra hermosura y virtudes. Considerad, si una sola imagen del bien, una sombra del placer me hace vuestro esclavo, lo que yo seré si teneis la bondad y yo la fortuna de verme admitido á vuestro servicio, concediéndome desde

luego el favor inapreciable de hablaros , para que la lengua, órgano de los conceptos del alma, pueda mas de lleno explicaros la vehemencia de un cariño que ni yo puedo expresar con la pluma, ni es á propósito el papel para confiársele. Dignaos, Señorita , tener piedad de mí, correspondiendo á la inclinacion que os profeso, y no dudeis que nunca podreis hallar un hombre mas rendido que vuestro mas humilde amante y servidor Q. V. P. B.

Lirinio.

Este billete fue encargado para su entrega á una vieja, mensagera de amantes, de las que se encuentran muchas en todas las ciudades frecuentadas por estrangeros que

suelen corromper las costumbres con su libertinage.

Clotilde recibió la carta sin ruborizarse, burlándose de este pobre amante, y diciendo que era mui débil para poder soportar el peso y reveses del amor; y ya sea que tuviese otro mas de su gusto, ya que este la pareciese poco idóneo para amante, no respondió mas que con grandes risas y burlas, lo que hizo perder á Lirinio la paciencia y entregarse á la pena y á la desesperacion: sin embargo de que cuanto mas despreciado se veia, mayor era su obstinacion en escribirla y enviarla personas para encarecer su ciega pasion; mas Clotilde, que estaba ya acostumbrada á menospreciar

todas sus palabras y juramentos, y burlarse de todas sus cartas y mensajes, no le daba otra respuesta sino que ella no podia dar oídos á semejantes pretensiones, teniendo un marido á quien debia y habia prometido guardar fe, y que sobre todo se admiraba de que un hombre de tanto talento se dejase dominar de aquella suerte de sus pasiones; que era preciso apagase la llama que le consumia, ó de lo contrario que pusiese en otro objeto su inclinacion, en atencion á que ella sería siempre inexorable en sus principios.

Lirinio, sabiendo la dulzura con que Clotilde respondia á los que la solicitaban por él, no podia creer que le despreciase ente-

ramente, antes bien se persuadió de que todas aquellas contestaciones y disimulos eran solo para experimentar su constancia, y ver si á la larga continuaba sus instancias para que le admitiese sus servicios; y por esta causa no dejaba de dirigirla sus ojeadas y saber todos los dias de ella; por manera que este galan, en lugar de hojear las obras de Justiniano, no hacia mas que leer los autores que tratan del amor, empleando el dinero en semejantes locuras, como las que hacen la mayor parte de los estudiantes, que bajo el pretesto de oír á los doctores, van á las Universidades solo por concurrir á los bailes, y consagrar el tiempo al galanteo. Componia sonetos y

madrigales en honor de su dama, y despues los recitaba cuando se hallaba con sus amigos, los que se reian y burlaban de la simpleza con que pasaba su tiempo sin tener ningun partido: los unos admiraban la sutileza de sus composiciones, la gracia con que expresaba su pasion, transportándose de tal manera este visoiño amante, que de un dia al otro tenian mas motivo de reir viendo su locura de mal en peor; pues les lleva sin cesar á enseñarles sus composiciones poéticas que enviaba á su dama, creyendo que estas simplezas eran el cebo para ganar á una muger de su clase y talento; sin embargo de que en todo caso le hubiera escuchado mas bien,

viendo mejor algun rico presente que producciones poéticas ni billetes llenos de espresiones ridiculas y afectadas, como las del poeta amigo de Laura la provenzal: entre los muchos papeles que la escribió, habia uno que decia así:

Billete de Lirinio á Clotilde.

¡Ah, hermosa Clotilde! yo me abraso: todo el mundo lo conoce; y tú solo, muger cruel, eres la persona insensible á una pasion tan vehemente como la mia: estoi helado á pesar del fuego que hace arder mi corazon: tú le has incendiado, y te niegas, inhumana, á darle un alivio ó apagar su llama. Este ardor, este incendio nace de tu fuego, y sin embargo

te mueve tan poco, que en vez de compadecerte del mal que me causas, te ries de mí. Plegue á Dios que tu corazon un dia se apiade, ó que de lo contrario padezca los tormentos que el de tu rendido y constante amante = *Lirinio*.

Leido este billete por sus compañeros, les dió márgen á hablar mucho y discurrir: los unos se compadecian de él y sentian que no emplease su talento con mas provecho en cosas mejores; los otros, que no pensaban mas que en divertirse, fomentaban disimuladamente su pasion, ponderando el mérito de Clotilde y la fortuna del que tuviese la dicha de poseerla. Entre estos locos habia uno llamado Ubaldo, hombre tan bien for-

mado, tan alegre y tan gracioso, que se distinguia por su buen cuerpo y sus chistes en Bolonia. Este, viendo los extremos que hacia Lirinio, lo enagenado que estaba con su pasion, y que todo en resumidas cuentas era un manjar sin sal, se resolvió á hablarle sobre su inclinacion en estos términos, estando un dia reunidos todos sus amigos:

«Me admiro, querido Lirinio, de que la dama á quien tanto amais, sea tan inconsiderada é inhumana con un hombre tan fino y tan rendido, sin querer corresponder á la franca y tierna amistad que la profesais bien justificada por vuestros versos y billetes. He oido leer uno de ellos, y os confieso que

jamas vi escrito que mas me agradase, y ojalá que yo pudiera hacer otro tanto. Si yo hubiese sido vuestra dama no padecierais lo que padeceis, pues era sobrado mérito el de vuestros versos para corresponderos, aun prescindiendo de las muchas prendas que os adornan y que os hacen tan recomendable. Hacednos el favor de mostrar alguno de vuestros billetes ó recitarlos, y disimulad esta franqueza que me permite vuestra amistad, pues yo os complaceré en cuanto me mandeis.»

El sencillo Lirinio, que no conocia la burla con que le hablaba su amigo, y que creia lo hacía de corazon, le dió gracias por los favores que le dispensaba, y le

mostró un borrador que tenia en el bolsillo de una de las últimas cartas que habia escrito á su amada Clotilde.

Aunque todos los compañeros se burlasen de este pobre enamorado, no pudieron menos de compadecerse casi todos oyéndole pronunciar tan tiernas palabras mezcladas de suspiros y agitacion, que acreditaban la certeza de su passion; pero Ubaldo, que queria distraer á sus compañeros de esta contemplacion del frenesí de amor, y continuar la burla con el enamorado, le dijo: Vamos, vamos, que os esplicais mui bien para ser un aprendiz en el arte, y me parece que no estais tan afectado como fingis, ó bien describiendo